

EL NEGRO TIMOTEO

PERIÓDICO POLÍTICO, SATÍRICO Y BURLESCO

Suscripción mensual: 60 cts.

Se suscribe en la Librería Vieja

Idem Papelería Comercial

Idem Guía Kiosko de la Capital

SALE

Todos los Domingos

OFICINA

25 de Mayo 225

Número suelto: 16 cts.

ENCARGADO:

FELIX G. BELOTTI

REDACTOR:

REMINGTON

Como se hace una manifestacion popular

En mis buenos tiempos era director de un gran establecimiento de ovejas y tenia cuatrocientos peones á mi servicio.

Puedo asegurar á mis lectores que la mayor parte de los empleados de la estancia estaban descontentos de mi administracion, por que, á la verdad, no cumplia muy rectamente mis deberes.

No todos los peones eran iguales ante mi ley. Unos, trabajando como burros, eran mal retribuidos, y otros, que trabajaban como ratones, eran espléndidamente recompensados.

De modo que los primeros no sacaban gran producto de sus tareas, mientras que los segundos, sin hacer nada bueno, andaban siempre con los bolsillos y las manos llenas.

Mi establecimiento era una colmena, donde las abejas fabricaban la miel para los zánganos.

¿Será necesario decir que estos últimos continuamente me ensalzaban, aumentando mi amor propio y transformando todos mis vicios en virtudes?

Pero tanta es la debilidad humana que, apesar de conocerlos, tomaba sus alabanzas como verdades, y me creia, engañándome á sabiendas, el hombre mas popular de las administraciones habidas en el gran establecimiento de carneros.

Ya se puede ver como andaria el fandango!

Por consiguiente, tratando á unos como hijos y á otros como entenados, no es difícil suponer que si los peones de la segunda clase no me odiaban, tampoco podrian quererme mucho.

Yo lo sabia; y sin embargo, quise recibir los honores de una manifestacion, preparándome el acto por supuesto.

De otra manera, ¿quién diablos iba á ocuparse de hacérmela, cuando, habiendo prometido administrar honrada y decentemente la estancia,

hacia lo que he tenido el honor de participar á mis lectores?

Quise, pues, recibir una manifestacion de los peones, con los tres fines siguientes:

Primero—Mistificar á la sociedad rural, que me habia confiado la direccion del establecimiento por un año, haciéndola creer que los peones pedian la prorogacion de mi mando.

Segundo—Ver figurar mi nombre en letras de molde en los diarios que me eran afectos, y para cuyo sosten contribuia á veces con mi bolsillo particular y á veces con los dineros del establecimiento campestre.

Tercero—Darme el gusto de pensar que cuando estos diarios llegáran á otras tierras, sus lectores, recreándose con los detalles de la fiesta, descrita á placer por mis amigos, esclamarian—oh! que administrador tan popular. Quien lo tuviera por estos pagos!

El hombre, por mas despreocupado que sea, no puede resistir á las tentaciones de la vanidad.

Para que al acto de la manifestacion no faltara ni un chico de la peonada, llamé á treinta de mis parasitos y les di detalladas instrucciones.

A unos les recomendé que compraran cohetes, globos, todo lo que hiciera ruido; y á los otros cerveza, caña, vino, todo lo que pudiese alegrar el cerebro. Amen de varias órdenes secretas, que mas adelante irán comprendiendo mis lectores.

Los treinta *gurupis* de mi confianza iban á pujar en grande por que subiera el valor de la manifestacion popular.

Ni ciertos martilleros tendrán nunca *apuntadores* como los míos. Estos no habian nacido mas que para ser esclavos.

Tambien advierto que tenia otros treinta zánganos para hacer el oficio de *claqueurs*.

La manifestacion quedò señalada para un do-

mingo. Es el día mas á propósito para las fiestas cívicas y militares.

Me olvidaba decir que en la estancia había una iglesia, en la iglesia un cura, y con el cura un sacristán.

Ambos me pertenecían. Qué tal? Sabía ò no preparar el terreno para la manifestacion popular?

Llega el domingo, y los peones se dirigen al templo. El párroco dice la misa y en seguida les echa un discurso apologético de mi persona. La gente no podía desmentirlo, pues en la iglesia no se desmiente á nadie.

Terminada la oracion, baja el cura del púlpito y los peones empiezan á salir afuera.

Era el momento... Burrún, pum, dicen las bombas; chin chin, la música; tan, talan, talan, las campanas de la iglesia.

Ruedan las barricadas por la plaza, saltan los tapones de las botellas, estallan los cohetes y se abren las damajuanas de caña. No me pareció prudente mandar pipas, porque esto hubiera sido muy calvo; pero las damajuanas reemplazaban perfectamente á las pipas y producirían el mismo efecto.

Los palurdos que bajaban los peldaños del atrio se quedaron con la boca abierta.

El ruido de los cohetes, el del bombo y de las bombas los dejó estupefactos. Los hubiera podido hacer matar á palos como á lobos marinos, pero por el momento no eran esas mis incitaciones.

Maravillados de lo que veían; mirando unos los globos elevándose por los aires, otros destapándose las botellas por centenares; atontados por los sonidos de la orquesta, cuyos músicos tocaban á conciencia la pieza mas entusiasta del repertorio militar, empezaron á girar en torno de las seducciones que les ofrecía, lo mismo que las mariposas alrededor de una vela.

Y no era muy chica la vela que les iba á dar!

Principiaron, pues, á dar vueltas como toros en rodeo... y mis *gurups* á poner en obra mis instrucciones.

Poco á poco fueron acercándose los palurdos á las bebidas, empujados por los zánganos de la columna, primero con la curiosidad de los avestruces, y últimamente con la avidez de las moscas.

Embriagados con el olor de la pólvora, maniobraron por el flanco derecho doblando... el codo, y hételes dándole gusto á la garganta.

Entonces uno de mis oradores se trepa sobre una bordalesa y toma la palabra. Los *claqueurs* le rodean, y su discurso no puede ser escuchado por la turba. Esto era de cajón.

Atencion:

—«Señores, tengo conocimiento de que nuestro inteligente y honrado administrador, está por abandonar el establecimiento de carneros á su cargo. No podemos permitir semejante cosa.

—No, gritan los *claqueurs* hasta ponerse roncos.

«Aun cuando nuestros estatutos, sigue diciendo el orador, ordenan que haya un nuevo director en Marzo, las conveniencias generales disponen otra cosa; no es verdad?»

—Sí, sí, esclaman los aplaudidores.

El concurso no ha oído palabra, pero los *gurups* trabajan á su gusto.

«¿Quién mejor que él administrará las majadas de carneros? ¿Quién pagará mas religiosamente el presupuesto de la peonada? ¡Viva el administrador actual!

—Viva! repiten los *claqueurs* y mandan tocar la música.

Hé aquí ahora los diálogos de los concurrentes á mi manifestacion.

—Pregunta un patán á otro —¿Qué ha dicho ese hombre que hablaba sobre la bordalesa?

—No he podido escucharle.

—Ha dicho que el administrador nos va á aumentar los sueldos, responde un gurupi desempeñando su papel.

—Viva! gritan los palurdos y empujan las botellas, trasmitiendo á otros la noticia.

Y entre tanto sigue la música tocando estrepitosamente, repicando las campanas y los cohetes reventando en el aire.

Las cabezas están embriagadas... con tanto ruido.

Aquí hay otro grupo de mis peones.

—No he podido oír nada de lo que dijo el hombre de la bordalesa.

—Ni yo tampoco, contestan los demás.

—Cómo es eso? exclama uno de mis zánganos, poniéndose en jarras ante el grupo. Pues ha prometido en nombre del administrador darnos las colas de la majada por un año.

—Viva nuestro director! murmuran los rústicos destapando una barrica.

—Dígame usted, don Servil, de qué trataba el hombre que accionaba sobre la pipa?

—De que nos dirijamos à casa del administrador para darle las gracias por el beneficio que nos hace.

—Y cuál es ese beneficio?

—Caramba! como quien no dice nada. Quiero darnos à cada uno de nosotros una majada al tercio.

—Será para que no le hagamos mal tercio? dice un patan echándola de chusco.

—Y eso ha prometido? preguntan en coro los palurdos.

—Eso, responde mi *gurupi*. Asi es que tenemos que ir à su casa para demostrarle nuestra gratitud.

—Ya lo creo, contesta el grupo, y alza cada cual su sombrero, dando un *viva* formidable.

--

Mis parasitos no se emboban.

Hé aqui el último diálogo.

—Y à qué santo festejamos hoy? murmura un muchacho de la estancia, con una caña de cohete en la mano y otro caña... de pipa metida en el estómago.

—Al santó del establecimiento. No sabe, hermano, que nos va à interesar en la majada?

—De veras?

—Como se lo digo.

Y siguen las conversaciones de los rústicos y las cábalas de mis gurupis. A unos les aseguran que yo seré padrino del primer hijo que tengan; à otros que les regalaré un buen caballo, mejor que todos ellos. De modo que mis peones estaban engañados respecto al verdadero fin de la manifestacion.

A una señal del orador cesan música, cohetes y repiques. Vuelve à pararse en la tribuna improvisada con un papel en la mano:

«Ovejeros, peones, amigos, conciudadanos, compatriotas y extranjeros—Firmad este pliego donde suplicamos al administrador que prorogue su mando... (hasta el juicio final, dice en voz baja) Habeis visto las ventajas que os traerá la continuacion de sus funciones rurales. Nada os importe de los estatutos de la estancia; las conveniencias de *nuestra comunidad* valen mucho mas que el cumplimiento del artículo social. Dirijámonos à su casa para pedirle el favor de que continúe dirigiéndonos, y firmemos además esta manifestacion en la primera pulperia. Estáis conformes?»

—Si, responde la *claque* y la mayoría de los palurdos.

—Música, música, grita un gurupi. Y la música

toca la parte mas sentimental de *Orfeo en los infiernos*.

Mis zanganos estiran las piernas y hacen me-neos y contorsiones.

¿Quién resiste à los encantos del can-can, especialmente tratándose de rústicos?

Aquello se transforma en un Mabile, en el cual hasta las botellas bailan.

—¡Viva! dice el orador tirándose de la bordalesa.

—¡Viva! claman gurupis y *claqueurs*.

—¡Viva! gritan los músicos, arrojando los instrumentos y soplándose las botellas.

—¡Viva! responde el sacristan sacudiendo el badajo.

Entonces, cuando el entusiasmo está à punto, como el dulce, monta mi orador en un burro, simbolo de la sobriedad y de la modestia, y se dirige à la pulperia mas próxima.

Firma la manifestacion el primero y le siguen todos.

Ahi está el modo de obtener firmas... en barbecho. Esta es la historia de la manifestacion que me hicieron los peones del establecimiento de carneros, que estaba à mi cargo en otros dias.

Ya ven, pues, los lectores, que conseguir una manifestacion es tan fácil como escribir un manifiesto. Ambas palabras son sinónimas y espresan una misma cosa—una mentira completa.

Manifiesto es la declaracion que hace un hombre à un pueblo pintándole castillos en el aire; y manifestacion es la declaracion que hace un pueblo à un hombre, demostrándole aspiraciones que no siente.

Ambos asuntos son un engaña-bobos.

Y si muere el Dictador?

Siga el régimen actual

Pése à los hombres uraños,

Siga por dos ó diez años,

Y aun hasta el *juicio final*.

Asi no marchamos mal,

Sino de mal en peor...

Mas si luego, à lo mejor

Del cuento, por un acaso,

Desciende al eterno ocaso

El popular Dictador?

--

Dios me libre de pedir

Tal desgracia--vive el cielo!

Pues fuera tanto mi duelo

Que era capaz de morir.
Lo digo *por un decir*;
Que como muere una flor,
Como un pájaro cantor,
Como un avestruz cualquiera,
Morirse muy bien pudiera
El popular Dictador.

--

Ineludible y fatal
Es esa fúnebre ley;
Muere la hiena, y el rey
Lo mismo que el animal.
Que nadie, pues, tome á mal
Mi pregunta; mi temor
Es fundado, de valor,
De peso y aun de calibre;
Que de Atropos no está librado
El popular Dictador.

--

Quién, despues de tal asunto,
En medio al público llano,
Mientras vaya al camposanto
El Gobernador difunto;
Toma las riendas y el unto
Del Estado? Cual *señor*?
Será el digno sucesor
Del hombre que nos gobierna,
Si acaso estira la pierna
El popular Dictador?

--

Quién le reemplaza? Castillo,
Cominges, Vazquez, Ulloa?
Si aun respirara Basca
El fuera nuestro caudillo.
Hoy no es por cierto sencillo
Nombrar un gobernador;
Haremos emperador
Al intrépido Rosete,
S entrega al fin el rosquete
El popular Dictador?

--

Es urgente y necesario
Que designe el Ministerio,
Al sucesor del imperio,
O haga el reino hereditario.
No sea que un mercenario,
A sus deberes traider,
En el conflicto--¡qué horror!
Al poder quiera subir,
Si se llegase á morir
El popular Dictador.

--

La cuestion es árdua y grave,
Y ya con tiempo es preciso

Salgamos del compromiso,
Teniendo un Fénix, un ave.
Para qué, cuando se acabe,
O espiche el Gobernador,
Obtenga nuestro dolor
Un bálsamo verdadero,
Levantando al candelero
A otro nuevo Dictador.

Reflexiones que hizo Timoteo

DURANTE LA PROCESION DEL CÔRPU

Timoteo--Qué linda estuvo la fiesta del Còrpus, señor amo!

Yo--Hablas como testigo ocular, ó puramente de oidas?

Timoteo--Como testigo ocular. Hubiese visto su merced á los doctores Requena y Querencio tirando el palio, y á S. S. I. el Obispo marchando con la magestad de un Papa y repartiendo bendiciones á las tropas y á los particulares. Y luego el Dictador. . .

Yo--Tambien estuvo el coronel Latorre?

Timoteo--Sí señor, como uno de tantos hermanos del Santisimo, luciendo la banda roja de la Archicofradia y cargando el cirial. Qué espectáculo tan formal; de uniforme y con vela! Y despues al coronel Rios. . .

Yo--Como jefe de la parada.

Timoteo--Montando como un Napoleon segundo, y pavoneándose como el Adan de Espronceda sobre su caballo de batalla, aunque entiendo que el coronel Rios ha visto muy pocas.

Yo--Vamos, Timoteo, no entres á las bromas, que estás hablando de un asunto muy sério.

Timoteo--Y que se presta á la multitud de reflexiones que yo me iba haciendo á medida que la procesion iba andando.

Yo--Y cuáles eran tus reflexiones, Timoteo?

Timoteo--Escuche su merced. Cuando miraba al Obispo bajo del pàlio, conducido por los hermanos del Santisimo, me decia *in petto*:

Hé aquí unos hombres que no irán pensando en lo que llevan entre manos, sino en lo que piensan llevar.

Yo--Y metias al Obispo en ese pensamiento?

Timoteo--No señor; porque creo que el Obispo es un verdadero santo varon, incapaz de hacer un mal á nadie.

Yo--De modo que los otros? . . .

Timoteo--No hablo de los otros sino del Obispo. Cuando vi al Dictador con el cirio en la

mano, quise decirle—*mucho cuidado, Excelencia, pues el terreno que vá pisando es muy resbaladizo.*

Yo—Y porqué no se lo dijiste?

Timoteo—Por no interrumpir la ceremonia. Además el coronel Latorre iba mirando al suelo, y lo que es durante la procesion evitó los tropezones.

Yo—Quiere decir que caminaba con la mayor humildad?

Timoteo—Como lo hace un hermano del Santísimo ante el público. Pero estoy seguro que mas pensaba en la prorogacion de la Dictadura que en el acto á que asistía, pues mas de una vez miró de soslayo á las tropas.

Yo—Y eso que tiene que ver con lo que dices?

Timoteo—Yo interpreté esas miradas y las traduje de este modo:—«Fieles guardianes del orden y de la libertad. Una cáfila de enemigos de la patria, como lo dice el leal *patriota* desconocido de *La Tribuna*, pretende poner obstáculos á la felicidad de mi pais y del vuestro, si, del vuestro, pues desde que lo prestais vuestra sangre, os pertenece. Vencedores del 15 de Enero; cuento con vuestra adhesion no desmentida!»

Yo—Tu imaginacion te lleva muy atrás, Timoteo.

Timoteo—Permitame su merced que continúe manifestando lo que me pareció ver en otra mirada dirigida por el Dictador al coronel Rios.—«Ese gefe que os comanda, ayer Varelista acér-rimo, y hoy mio, quiero decir, de la nacion representada por mi, está pronto á desnudar su limpia espada en defensa de este pais que os sostiene y al cual vosotros amais tanto».

Yo—Basta, Timoteo, que te van á arrastrar lejos las reflexiones que atribuias al Gefe del Estado.

Timoteo—Voy á concluir con él. Le sorprendi otra mirada, que me pareció espresaba estas palabras: «El pueblo pide con *unánime animosidad* que prorogue mi Dictadura por cinco años, pero esto lo tomo por un exceso de *animosidad unánime*. Os prometo que haré durar mis poderes mientras permanezcais fieles al deber militar, es decir, mientras el pais no se encuentre en aptitud de gobernarse por sí mismo.»

Yo—Pasemos á otra cosa, Timoteo. Quién sabe si pensaria eso el Coronel Latorre....

Timoteo—Bien, pasará á otra cosa, al coronel Rios. Cuando miraba á este militar, que ha enca-necido sirviendo al partido colorado....

Yo—Al pais debes decir, Timoteo.

Timoteo—Pero su merced no sabe que desde

hace once años el partido colorado es el pais?

Yo—Eso no puede ser.

Timoteo—Mientras tanto, *eso es*. Cuando contemplaba á ese viejo soldado, yo me decia: He aquí un leal y consecuente servidor de su partido. Ayer Varelista, hoy Latorrista, mañana quién sabe qué... Pero todo... por la patria, todo para la patria. Hé ahí la fidelidad personificada, hé ahí una estatua ecuestre del deber. Y digo estatua ecuestre, porque el coronel Rios parece un centauro cuando está á caballo. Ginete y cabalgadura forman un solo cuerpo.

Yo—Estás haciendo un equivoco sin querer.

Timoteo—No ha sido esa mi intencion, Sr. amo. Y sigo manifestando mis reflexiones respecto de la tropa. Al ver á esos soldados de todos los puntos del universo, con el remington en el suelo, la cabeza descubierta y de rodillas, viendo pasar al Santísimo que llevaba en sus manos el señor Vera, yo me decia: «Asi como estais ahora ante la Majestad Divina, debiais estar siempre ante la majestad del pueblo. Esa actitud humilde es la que mejor os cuadra, rivales de los valientes de Cartago.»

Yo—Esa es la mejor de tus reflexiones.

Timoteo—Pero la mas lejana, señor amo, de la verdad, porque pasó la procesion, y los soldados pusieron armas al hombro para volverse á sus cuarteles, despues de las voces de mando del coronel Rios. Qué militar, señor amo, para una parada! Opino que debia ser el héroe de esta clase de fiestas.

Yo—Y qué mas pensamientos tuviste?

Timoteo—El último que fué la expresion de un deseo.—Ojalá que para el año próximo no haya ni Dictadores, ni coroneles, ni soldados, sino pueblo, pueblo y pueblo. Pero esto y ver la cara de Dios es imposible.

Los enemigos del país

Escuchad--un diario sério
Como el rostro de Tristan,
El mas grave *gana-pan*
Que ha ocupado un Ministerio
Dice (y levanto el dicterio
Del diario chisgaravis
Con un solemne mentis)
Que la próroga conviene,
Y que, quien no la sostiene,
Es contrario del país.

Así, sin fórmula alguna,
Lo dice el famoso diario,
Que es el perpétuo incensario
De un caudillo de fortuna;
La frase de *La Tribuna*
Me está haciendo refintin;
Por eso templo el violín,
Para decir, según ella,
Los qué, de mi patria belia,
Son los amigos al fin.

—
Escuchad—es fier y nata
Un quidam desconocido,
Que *aquí estoy porque he venido*
Dico, echando una bravata.
Y que después nos retrata
Un palacio en un papel;
Recibe plata á granel
Para construirlo, y á poco
Huye del país como loco...
Y que lo caze un lebre!

—
Vuelve mas tarde al lugar
De su hazaña el pobrecillo,
Y empieza cual monacillo
La Dictadura á sahumar.
El hombre viene á anidar
Como tordo en nido ageno;
Quiere ponernos el freno,
Darnos la vida de ilota,
Y se titula patriota
Sábío, probó, digno y bueno.

—
Escuchad!--Es nata y flor
Un súpico napolitano,
Que, con remington en mano,
Hace guardia al Dictador.
Y el ciudadano de honor
Que rechaza, ó que murmura
Por que la actual Dictadura
Continúe sin final—
Ese completo oriental
Es algo... como basura.

—
Un jubilado nacido
En Córdoba, por ejemplo,
Vampiro audaz que contemplo
A nuestras rentas prendido;
Y cuyo hombre no ha perdido
En servicio del Estado
La salud, ni un constipado
Tomó nunca en el oficio;
Ese, que mama por vicio,
Es un patriota acabado.

Y el oriental que no quiere
Doblar la cabeza al yugo,
Y antes que *chupar el jugo*,
Pobreza honrada prefiere;
Ese oriental que se adhiere
A la prédica leal,
De los que quieren legal
Y buena administracion;
Segun el diario mamon
Es un pésimo oriental.

—
Y preguntad en seguida
Quién es el patriota, quién?
Ansioso de tanto bien
Para esta patria querida!
No lo sabreis, por mi vida;
Pues el paladín modesto
Esconde su rostro... Apuesto
A que el oculto soldado,
Mas de una vez ha chupado
Del oriental presupuesto...

—
Pero bajad la visera
Caballero lidiador;
Dispensadnos ese honor
Y no os llameis *Juan... de afuera*
Por vuestra patria siquiera
Mostrad el rostro, á fé mia;
Y sepamos en el día
Como se llama el campeón,
Que nos dá tanta lección
De rara *patrioteria*.

—
Ay! entretanto tenemos
El anatema del Papa;
Lloremos, y como llapa
Después de llorar... lloremos!
Oh! qué desgracia! Sabemos
Somos el negro borron
De la uruguayana nacion;
Y ellos la flor y la nata,
Ellos el oro y la plata
La prez y la esencia son!

El Cabrion de Pipelet

El Negro Timoteo es el espectro de Banco del redactor agrícola de *La Tribuna*. Le vá á sacar canas al patriota desconocido del diario situacionista, que llama *enemigos del país* á los que sostienen la constitucion y las leyes.

El modesto ciudadano... (de dónde?) de *La Tribuna* se parece á los antiguos paladines que

combatian con la visera calada, por la dama de sus pensamientos, en las lides caballerescas de la edad media.

Cuando se discuten ideas y no personalidades, para qué dar la cara al público? Tiene razon el tapado de *La Tribuna*. El antifaz sienta perfectamente á los que, en un diario sério, no hacen mas que decir sandeces ó disparates, y escribir por ganar un pedazo...del corazon de los orientales.

Pero es el caso que *El Negro Timoteo* lo tiene inquieto y desazonado al paladin encubierto. Cuando come se le aparece hasta en las aceitunas; cuando camina, se le pone delante de las antiparras; cuando escribe, le hace garabatos en las carillas destinadas á la composicion.

Y que garabatos son los que rasguea *El Negro Timoteo!*

Aquí es una columna truncada, como las esperanzas de la república; allí un granero á medio hacer como los de la Granja de Palmira; acullá una rosa mal dibujada, como recuerdo de las ocupaciones de un jardinero de la reina; mas allá un edificio en ruinas como la Escuela agricola de Tucuman.

Que garabatos los de *El Negro Timoteo!* Ora le pinta un par de piernas á lo Pitou, sobre la cubierta de un vapor que dice *Carrera de Buenos Aires*, y tras de los zancos humanos un par de garras con este conciso lema: *P.ñicia*; ora le dibuja unas letras mayúsculas en que se lee—Cuentas del Gran Capitan; por *pá-las, picós y azadones*.... 25 mil patacones.

Casi no pasa un día sin que el caballero desconocido de *La Tribuna* no leve á las columnas de su diario el nombre de *El Negro Timoteo*, pero siempre haciéndolo figurar en último término.

Esto demuestra cuanto le preocupa el periódico.

El redactor agricola imita á las mujeres enamoradas, que guardan para la posdata de sus billetitos, lo mas *interesante* del asunto.

Ese modesto patriota, que oculta su nombre á la gratitud de sus *conciudadanos*... en Jesucristo, hace lo aconsejado por el Evangelio; coloca á los *últimos como primeros* y á los *primeros como últimos*.

Y todo por qué?

Porque *El Negro Timoteo* es la primera y la última de las apariciones que asustan día á día al redactor agronomo del diario vespertino.

El Negro Timoteo es el Cabrion del Pipelet de la prensa; es el ángel exterminador, que le

amenaza con un *juicio final*; el génio de horrible aspecto, que se le presenta á este Bruto del periodismo entre los pantanos de Palmira.

El Negro Timoteo es el *Mane, Tezel, Phares* que le vaticina á este Baltazar de nuevo género su próxima catástrofe, exhibiéndosele en la sala de su festin turrónico.

Si bebe, le aprieta la garganta; si duerme, le tira de las sábanas; si mira al cielo, lo descubre en la atmósfera haciéndole una mueca.

Para el redactor del diario nocturno, *El Negro Timoteo* es mas horrible que la cabeza de Medusa, y lo tiene tembloroso y aterrorizado.

Cuando se mira al espejo, lo contempla en la luna, con la sonrisa burlona y la mirada alegre, riéndose del *bonhomme* á sus anchas; y el *bonhomme* se enfurece, bufa, pateo, y jura que se peinará en lo sucesivo mirándose en un vaso de agua, tan trasparente como el estómago de un hambriento....

¿Sabeis lo que era el abismo de Pascal?

Pues era una especie de alucinacion que aquejaba al filósofo, despues de un accidente en que casi pierde la vida. Esa alucinacion le hacia mirar siempre á su izquierda, un abismo abierto para devorarlo.

El Negro Timoteo es el abismo de Pascal del batallador sin lema y sin colores—es una boca pronta á tragárselo moralmente, valiéndose de los dientes del ridiculo.

Así es que cuando concluye algun editorial sobre astronomia para probar la bondad de la Dictadura, lo lee diez veces antes de entregarlo á los cajistas, preguntándose como Focien á cada lectura: *Habré dicho alguna tontería?*

Teme que la férula de *El Negro Timoteo* azote su brillante talento con las agudas puntas de la sátira.

Por Dios que compadezco al oculto periodista de *La Tribuna*; con todo mi corazon lo compadezco, pues debe pasar una vida mártir.

Pero él se la ha buscado. Así sea.

El ha querido que *El Negro Timoteo* no lo abandone á ninguna hora; y este será su sombra, su espectro, su fantasma.

Lo seguirá á todas partes; á la mesa, á la imprenta, al teatro; se sentará á su lado cuando se siente, se apoyará en su brazo cuando camine, roncará en su cama cuando duerma, y se presentará en sus sueños como una horrenda pesadilla.

Es el verdugo que vá en pos de la victima, el sacrificador que sigue al buey coronado de rosas, para inmolarlo en los altares de Momo.

Así lo ha querido el redactor agrícola de *La Tribuna*.

Don Quijote arrojó el guante y *El Negro Timoteo* aceptó el desafío.

Ay! del héroe manchego.

COSAS DE NEGRO

D. Marcelino Santurio, ex-diputado de don Pedro Varela, habilitado de las Jefaturas de Cerro Largo y Florida, idem de la Comisión Extraordinaria de este departamento, Comisario pagador de la policía de Montevideo, mudo orador de la finada Cámara (Q. E. P. D.) etc., etc., ha solicitado su reincorporación al ejército en la clase de teniente.

Cuando el Sr. Santurio pertenezca á los pasivos, podrá exclamar como el personaje de un drama sentimental:

Cuánta mudanza en un día!

Ayer iba al paraíso

Y naufragó de improviso

Toda la esperanza mía!

A cuyos cuatro versos, tendría derecho cualquiera para responderle con esta quintilla:

De diputado á teniente!

Oh! Santurio, es evidente

Que siempre ascendiendo vás;

Aunque en el caso presente

El progreso... es para atrás.

D. José Cándido Bustamante ha presentado un drama al Sr. Valero, para ser exhibido en San Felipe.

El diablo harto de carne se metió á fraile; lo que quiere decir que el ex-ministro de Batlle y Varela, cansado de aporrear al género humano, pretende aporrear á las musas.

Como no salga silbado el literato! Pero no; esto es imposible. Después que D. Florencio Escardó fué aplaudido en San Felipe, mucho más que el autor del *Frac y el chiripá*, hasta Ulloa puede aspirar á los lauros dramáticos, sin miedo de una silvatina.

Es mucho hombre D. José Cándido!

Se dice que el sucesor del Gefe Político de Minas, será D. José M. Roseto (hijo).

El Dictador, por lo visto, no quiere más espadas en los Departamentos. Se ha decidido por los hombres de letras.

Si es cierto que el noticiero de *El Ferro-Car-*

ril ocupa la Jefatura de aquel Departamento, diremos que al fin el Gobierno les ha mandado á los mineros á un joven de pluma... de ganso.

En Mercedes ha aparecido un nuevo periódico titulado la *Legalidad*. Viene á combatir la prorogación de la Dictadura.

La divisa que enarbola es la *colorada*, virgen antes del parto, en el parto y después del parto.

Tiene á ese respecto estos deliciosos parrafitos:

«Iniciada la obra grandiosa de la Independencia por Viera y Benavidez en este Departamento, fué continuada por los «Treinta y Tres» orientales y terminada por Rivera, jefe del partido verdaderamente nacional, al que vulgarmente se le denomina Colorado.»

Nadie lo desmiente, colega, en cuanto á lo vulgar de la denominación ó del partido.

Otro parrafito sabroso:

«Nuestra historia es una serie continuada de hechos que terminan en la última de las invasiones finalizada en el año 1852, mediante un arreglo del que surgió nuestra nacionalidad.»

Como conoce la historia el periodista de la *Legalidad*!

Si también será algún otro Juan... de afuera!

Tal vez, pues dice en ese mismo artículo que es un *recien llegado al palenque*....

Y sin embargo, para ser *recien llegado* no lo hace muy mal el nene, de quien de vez en cuando nos ocuparemos, pues al combatir la Dictadura ha mostrado la *punta de la oreja*.

El Dr. Gimenez, defensor del Gefe Político de la Florida, en el juicio Salvañach-Arcos, se ha presentado al Juzgado del Crimen reclamando *mil quinientos pesos* por importe de sus honorarios.

Como Don Modesto Arcos fué condenado en costas y costos, esa *indirecta* del chileno vá para él.

Sin embargo, creemos que el abogado del Pacífico se quedará con las ganas.

Pues no le pide nada el cuerpo al Dr. Gimenez 1,500 morlacos por charlar y charlar para que se *arquease* la vara de la justicia.

En cuanto tiempo hubiera ganado en Chile la suma que reclama por honorarios el ciudadano trasandino?